

en la verdad y extension de la mente, los supera en la suavidad de la indole y en la dulzura del corazon que se descubre en su estilo; y si no llega á igualar ciertos rasgos grandes y sublimes de sus predecesores, tampoco cae en algunos defectos, en que aquellos se precipitaron por quererse elevar demasiado. Tacito en concepto de Plinio el jóven debe pasar por el mejor orador de su edad, y ciertamente estaba dotado de vasto entendimiento, de penetrante y agudo ingenio, y de fuerza y vivacidad de expresion, con que facilmente podia adquirir-se la primacia en la eloqüencia. Pero nosotros no tenemos de él mas que las obras historicas, de las quales hablaremos en otra parte; y estas ciertamente manifiestan que era capaz de salir con felicidad en qualquier genero de eloqüencia, pero que se dexó llevar de los defectos del nuevo estilo. Mejor gusto manifestaria Tacito en el *Dialogo de los oradores*, si como algunos pretenden, fuese obra suya. Este *Dialogo* y las *Instituciones* de

Quin-

Quintiliano son los unicos monumentos de aquella edad, que se hallan exentos del estilo afectado, y de las sentencias estudiadas que entónces estaban tan en uso; y si estuviesen escritos con mas pureza y cultura de language, hubieran podido presentar de nuevo á los lectores el antiguo estilo de los felices tiempos de Roma. Plinio alaba á un tal Fronton Cacio como orador peritissimo en mover las lagrimas del auditorio, *vir lacrimarum movendarum peritissimus* (a), y este tal vez será el Fronton, á quien, segun el testimonio de Macrobio (b), se atribuia el genero de hablar arido y seco. Julio Frontino, A. Gelio, Apuleyo, Censorino y otros pocos fueron los escritores latinos que se dedicaron á tratar materias diversas en idioma romano; pero lejos de darle con sus escritos nuevo esplendor, ni aun pudieron conservar-le el antiguo lustre, y lo fueron corrompiendo mas y mas. Con mayor decoro supieron soste-

ner

(a) Ep. XI, lib. II. (b) Sat. V, cap. I.

ner la magestad de la lengua romana los escritores de jurisprudencia; y Pomponio, Cayo, Papiniano y otros juriconsultos ilustraron su profesion, no menos con la elegancia y nobleza del estilo, que con la solidez de la doctrina. Tertuliano, Minucio Felix, Arnobio, los santos Cipriano, Ambrosio, Geronimo, Agustín y otros escritores eclesiasticos abrieron un nuevo campo á la eloqüencia romana, y aplicaron á las materias de religion las gracias del estilo; pero aun estos se dexaron llevar del gusto entónces dominante, y Lactancio Firmiano fue el único, en el transcurso de tantos siglos, que dexando el estilo conceptuoso y violento, se dedicase á la fluidez y naturalidad tulliana. Simaco obtuvo, no solo entre los gentiles, sino tambien entre los christianos, singular credito de eloqüente; pero las cartas que de él nos quedan son un testimonio muy evidente de la incultura y afectacion de su estilo, para que podamos dar algun credito á los elogios que se le dispensan. Mayores alabanzas mere-

ce

ce en mi concepto su elogiador y amigo Macrobio, aunque sus escritos no le sacan de la poco apreciable clase de gramatico. Es verdad que habiendo nacido en un suelo, donde no era nativa la lengua latina, y en un siglo barbaro é inculto, con un language rustico é inelegante distó mucho de la tersa y aurea latinidad de los buenos escritores; pero se apartó igualmente de la afectacion, y del corrompido estilo de sus coetáneos; y es mas digno de alabanza por haber sabido evitar los defectos, entónces celebrados, y abrazados de todos, que de reprehension por no haver podido imitar las prendas de los antiguos poco atendidas de otros, y solo conocidas por él. Sidonio Apolinar, Marciano Capela, Boecio, Casiodoro y algunos otros procuraron sostener la romana eloqüencia que iba descaeciendo; pero estaba ya muy adelantada su ruina para que pudiesen impedir la los inutiles esfuerzos de manos tan débiles. Con la venida de los bárbaros septentrionales, y con la destruicion del imperio romano

pue-

puede decirse tambien destruida la eloquencia romana, y extinguido enteramente su esplendor.

Ultima decadencia de la eloquencia griega.

No era mucho mas feliz el estado, en que al mismo tiempo se encontraba la lengua griega. En tiempo del citado *Dialogo de los oradores* se consolaban algunos Romanos observando, que mas se habian apartado de la eloquencia de Eschines y de Demostenes cierto sacerdote Nicetes (el qual se encuentra singularmente alabado por Filostrato (a)), y los otros famosos retóricos de Efeso y de Mitilene, que Domicio Afro y otros oradores romanos de la de Ciceron (b). Continuaban sin embargo los Romanos en reconocer por maestros á los sofistas griegos, y en alabar sus escolásticas declamaciones. Causan admiracion los desmedidos elogios que Plinio el jóven da (c) á la facundia del retorico griego Iseo, que no podrian darse mayores á la de Eschines

(a) *De Vitis Soph.* lib. I. (b) *Dial. de Orat.* XV.

(c) *Epist.* III, lib. II.

y Demostenes, y el empeño que toma en que su sobrino vaya á Roma solo con el fin de oír al celebrado Iseo, quien finalmente no parece mas que un charlatan escolástico, acostumbrado á hablar con algun orden y rapidez de palabras sobre qualquier asunto que se le propusiese. Juvenal se lamenta (a) de la amigable acogida que los grandes Señores de Roma daban á los Griegos, de quienes habia tal multitud, que no duda llamar á Roma *Ciudad griega*. Quién no sabe quanto ruido hiciesen en Roma los Griegos en tiempo de Adriano, el qual no encontraba diversion mas agradable que la de oír á los sofistas de aquella nacion. Este aprecio que los Romanos hacian de los Griegos nacia en parte de la mayor antigüedad de su saber, y de la posesion en que estaban de ser maestros de los Romanos, y en parte tambien del mayor merito que algunos Griegos supieron conservar en su nativa eloquencia. El nombre de Galeno será

Tom. IV. observ. III. non ussem.

(a) *Sat.* III.

siempre respetado de los medicos por la vastedad y solidez de la doctrina; pero los amantes de la eloquencia griega lo leerán estudiosamente por la elegancia y pureza de su estilo. Podian los Griegos gloriarse de un Plutarco, el qual, aunque tuviese un language algo aspero é inculto, era sin embargo el hombre mas docto, de mas agudo ingenio, buen juicio y sólido raciocinio que entónces tenia la república literaria, y ha sido siempre mirado como uno de los autores mas respetables de la antigüedad. Florecia Luciano, escritor de una gracia y gallardía, que podia dar honor á los mas felices tiempos de Atenas. Longino trataba del sublime con un estilo propio de la materia que tan completamente supo ilustrar; y Hermógenes enseñaba igualmente el verdadero y seguro camino que debía seguirse para encontrar la sólida eloquencia, y abandonar la falsa entónces dominante. Entre la inmensa turba de sofistas charlatanes se distinguieron Dion, llamado *Chrysostomo* por la elegancia de su estilo, Aristides es-

tu-

tudioso imitador de los antiguos contra el uso de aquellos tiempos, Máximo Tirio, Temistio y algunos otros leídos aún en nuestros dias con gusto y utilidad de los eruditos. Alcinoo, Plotino y otros filósofos como versados en la filosofia de Platon, lo fueron tambien alguna tanto en su eloquencia. La religion christiana, aunque nació en la Palestina en medio de los Hebreos, usó desde luego la lengua de los Griegos, y produjo un nuevo ramo de eloquencia griega. Dexando á parte la opinion poco fundada de algunos, que quieren que el mismo autor de la Religion, Jesu-Christo, haya hablado la lengua griega, es cierto que casi todos los libros del nuevo Testamento fueron escritos en griego, y en griego hablaron los Apóstoles y los primeros maestros de la Iglesia; y pasando despues á tiempos mas recientes, los santos Atanasio, Basilio, los dos Gregorios, Chrysostomo y otros hermanaron la elegancia griega con la christiana severidad, y fueron superiores en la eloquencia á Libanio y á otros

L 2

so-

sofistas gentiles, que hacian profesion de enseñarla. Pero todos estos escritores no fueron en tanto numero, que pudiesen contrapesar la inmensa multitud de vanos escritores y de petulantes sofistas, ni fue tal su merito, que bastase para restablecer el buen gusto, y sacar la eloquencia griega del abatimiento en que habia caido; de modo que la elegancia y pureza del antiguo estilo siempre se fue perdiendo, y desapareció enteramente todo gusto de vigorosa y sólida eloquencia. Luciano en el dialogo intitulado *El maestro de los retóricos*, con la acostumbrada extrañeza de sus graciosas invenciones, nos hace ver en quan poco aprecio estaban tenidos en aquellos tiempos Isócrates, Demostenes y Platon, y que solo eran estimados los pueriles declamadores y los escritores modernos; que ningun estudio se hacia para ordenar y ligar las oraciones, sino que ciegamente se seguia el ímpetu de la desordenada y caprichosa fantasía; que solo se deseaba decir y volver á decir algunas palabras aticas, y algunas

voces antiquadas; y en suma que el buen gusto de la sincera eloquencia se habia corrompido enteramente. Longino jamás cita con elogio á los oradores de su edad, y solo habla de ellos para traerlos por exemplo de dos vicios en que singularmente pecaban, á saber, el excesivo cuidado en buscar pensamientos nuevos, tras los quales corrian desatinados (a), y el furor de introducir imagenes sobrado vivas y poéticas, que como otros tantos poetas tragicos parecia que tuviesen delante de sus ojos las furias (b). Hermógenes acusa igualmente el corrompido gusto de su edad (c) por las alabanzas que se daban á ciertos juegos de vocablos, que los antiguos apenas los hubieran sufrido en las comedias; y en otra parte (d), por exemplo de falsa y adulterina eloquencia, que á primera vista parece tener fuerza, pero exâminada con mas atencion se encuentra falta de ella, trae las oraciones

(a) V. (b) XV. (c) *De Elog. meth. c. XIII.*

(d) *De formor. t. II, c. IX.*

de muchos de aquellos tiempos por no decir de todos. La eloquencia puede decirse, que estaba toda en manos de los sofistas, y que su reyno se reducía á los confines de sus escuelas; y los sofistas, que no tenían campo donde hacer triunfar la fuerza de la eloquencia, hacían solo ostentacion de sus afeytes. Herodes Atico y Alexandro son los mas famosos y celebrados sofistas que vivieron en tiempo de Adriano; y estos, segun dice Filostrato, solo buscaban la novedad y maravilla en los conceptos, y amaban locamente los pensamientos atrevidos y las figuras agradables. Eunapio dice del célebre Libanio, que quando podia encontrar palabras envueltas entre las tinieblas de la antigüedad, desde luego las ponía á la vista como regalos de tiempos antiguos, y hacia ostentacion de ellas en las oraciones. De aqui provenia que el estilo de los sofistas fuese lánguido y débil, lleno de una fastidiosa dulzura, y de una afectacion enfadosa. Y encontrandose la eloquencia en manos de tales oradores; qué frutos podían espe-

perarse sino insipidos y malos? Tales fueron en efecto, y la facundia griega cayó en la misma desolacion en que yacia la romana, y quedó enteramente extinguido el esplendor que con las obras de tantos ilustres escritores griegos y romanos se habia adquirido la eloquencia.

En este infeliz estado de la Grecia y de Roma debía la eloquencia prometerse un dichoso asilo en la Arabia, que parecia buscar no menos las luces de las letras que el esplendor de las armas, y que tan buena acogida daba á todas las ciencias. En efecto los Arabes compusieron muchas artes retóricas, y escribieron muchos libros sobre la eloquencia; pero sin embargo no supieron encontrar el verdadero gusto en los preceptos ni en la practica de aquel arte. El gobierno despotico, á que estaban sujetos, no sufría en la defensa de las causas politicas y judiciales los artificios y la grav edad de la facundia oratoria, ni daba lugar en los estudios arabigos á la eloquencia forense: su eloquencia no tenía por teatro un areopago, un senado ni

Eloquencia
arabiga.

un foro; no el estímulo de materias capaces por su importancia de excitar los afectos del orador y de los oyentes: sus Alhariri, Hamadani, Malek, Scoraif y los otros celebrados oradores jamas tenian que perorar contra Filipo, ni defenderse de un Eschines: los argumentos de sus oraciones eran mas placidos, y versaban sobre puntos academicos, sin tener parte la felicidad del estado, ni la fortuna de los particulares; solo se procuraba lisonjear la imaginacion de los oyentes, no mover y herir sus corazones, ni excitar y conmover sus afectos. No son, pues, las arengas de los oradores arabigos oraciones judiciales, fuertes y vehementes al modo de las de Demostenes y de Ciceron, sino solo declamaciones estudiadas como las de los sofistas griegos, y de los retóricos romanos. Ahora pues, si los mismos Griegos y Romanos, que en las oraciones forenses, y en otros eloqüentes escritos gustaron por tanto tiempo de la solida y verdadera eloqüencia, no supieron después seguirla en las declamaciones escolasticas, que podia

es-

esperarse de los Arabes, quienes no conocian otros adornos oratorios que los de la poësia, y de una poësia excesivamente cargada y llena de afectos? Clausulas compasadas, y, por decirlo asi, hechas á toro, expresiones atrevidas, inverosimiles, exágeraciones, frequentes comparaciones, metáforas, alegorias, antitesis y otras figuras casi continuas, diction sobrado adornada y florida, equívocos y juegos de vocablos, y los vicios de los sofistas y de los declamadores griegos y romanos usados con mas exceso, forman el estilo de los escritores arabigos, que quieren parecer eloqüentes. Cincuenta oraciones ó declamaciones tenemos del Ciceron y Demostenes arabigo Alhariri, publicadas por él con el titulo de *Mecamat*, que es decir *lugares comunes*, segun la expresion de nuestros retóricos. Estas oraciones versan sobre varios asuntos morales, y cada una de ellas lleva el nombre del sitio donde ha sido recitada. El congreso de *Senam* se llama la primera, que tiene por objeto huir los vicios, y

Tom. V.

M

exer-

exercitar las virtudes; y del mismo modo las otras. No solo los Arabes dan excesivos elogios á estas oraciones, sino que todos los europeos, que gustan de los estudios arabigos, las recomiendan con las mayores alabanzas; y Golio, Schultens y Reiske se han tomado el laudable trabajo de presentarlas á la comun inteligencia, traduciendo las en lengua latina. Estas, pues, nos pueden dar alguna idea de la eloqüencia arabiga; y qualquiera que se dedique á exâminarlas facilmente encontrará en ellas gracia y elegancia en los pensamientos y en las expresiones, pero acompañadas de los defectos referidos. Sin embargo es una falsa preocupacion contra el estilo de los Arabes el pensar, que estos no adoptan imagen que no sea agigantada, ni expresion que sea sencilla y natural. No solo están escritos sin la pretendida hinchazon y fausto sus libros historicos y filosoficos, sino que tambien saben seguir la naturalidad y sencillez muchos de aquellos que unicamente se componen para amenizar el ingenio y

exercitar la eloqüencia. No veo cosa alguna que pudiese desechar un escritor griego en la descripcion de un bosquecillo de Al Keleb, y en otros muchos pasages de otros escritores. En sus historias se leen muchos razonamientos, que ciertamente no son comparables con los de Salustio y de T. Libio; pero sin embargo bastan para hacer ver que los Arabes no siempre hablaban un lenguaje enfatico é hinchado, y enteramente diverso del europeo, sino que sabian valerse con frecuencia de frases comunes, y de sencillas y naturales expresiones. El inglés Porter en un discurso sobre la religion de los Mahometanos &c. trae un sermon hecho sobre el *Monte del perdon*, pequeña montaña distante quince millas de la Meca, y en esta pieza de eloqüencia arabiga seguramente no se encuentran las reprehendidas expresiones de la afectacion oriental. En suma la eloqüencia arabiga no siempre es, por decirlo así, tan arabiga como se cree comunmente. Con la decadencia de los estudios arabigos se perdió enteramente la eloqüencia en

aquella nacion ; y los Arabes modernos, segun nos refiere Niebuhr (a), no tienen mas que los cafés, donde pueden los Mullas esparcir su facundia para entretener al pueblo con fabulas y con otros discursos. Nosotros dexaremos á los Arabes y á los otros orientales, como poco importantes para los progresos de la eloqüencia, y pasaremos á examinar el restablecimiento de ésta en Europa, donde por tantos siglos estaba miserablemente extinguida.

Restable-
cimiento de
la eloqüen-
cia.

Sea qual se fuese el merito de algunos escritores los más elegantes de los siglos duodécimo y decimo tercio, ciertamente no podrá encontrarse en ninguno de ellos el mas pequeño pasage, ni aún imperfecto, de eloqüencia romana, y el primer ensayo del restablecimiento de ésta solo deberá buscarse en las obras del Petrarca. Este, dotado de agudo y profundo ingenio, de natural facundia, y de una erudicion muy superior á quanto podia esperarse en aquella edad, y versado en la

(a) Descr. de l' Arab.

lectura de quantos libros antiguos le venian á las manos, escribió epístolas, dialogos y varios tratados con una fuerza de eloqüencia, que aunque distaban mucho de los del siglo de oro, admiraron entonces á toda Europa, y excitaron en los estudiosos la primera centella del verdadero amor á las buenas letras, que tan vivamente se encendió en los eruditos de los tiempos posteriores. Ahora ya no pueden leerse algunas clausulas duras, algunas voces barbaras, y algunas razones poco convincentes del Petrarca, nos ofenden los importunos pasages de erudicion, el estilo frecuentemente declamatorio, y alguna vez tambien vano y lleno de batologias, que el Petrarca, en medio de las muchas prendas de su eloqüencia, todavia no supo evitar; pero aun en el día son dignas de alabanza la agudeza y gravedad de las sentencias, la copia y la variedad, y á veces tambien el selecto de las cosas y de las palabras, el fuego y calor del estilo, el ímpetu y la fuerza de la persuasiva; y aun por lo que toca á la ele-

elegancia y cultura del lenguaje, quien quiera reflexionar sobre la depravacion á que habia llegado la lengua latina, y el gusto de escribir y de pensar en los siglos precedentes, ciertamente deberá mirar con mayor maravilla el estilo del Petrarca, que el de los Muretos, Sadoletos, Manucios y Perpiñanes, tan estimados por su latina eloqüencia, pero que vivieron en tiempo en que eran mucho mayorés los auxilios para cultivarla con felicidad. Por ocho y mas siglos no hubo un escritor latino que fuese digno de ponerse al lado del Petrarca; y despues de la decadencia de las letras griegas y romanas el Petrarca ha sido ciertamente el primero, que ha hecho oír alguna fuerza de eloqüencia, y á él se debe el restablecimiento del antiguo gusto romano, y puede tambien decirse que el nacimiento del nuevo, que ha reynado despues en toda Europa. A exemplo del Petrarca cultivó Boccaccio la latina eloqüencia; Coluccio Salutato, Leonardo Bruni y algunos otros siguieron en aquel siglo los mismos estudios;

y

y en el siguiente los Guarinos, los Filelfios, los Biondios, los Decembrios y tantos otros amantes de la antigüedad, estudiando noche y dia los exemplares griegos y latinos, fueron promoviendo mas y mas la eloqüencia romana. Vinieron despues Policiano, Pontano y Bembo, é hicieron oír una elegancia de lenguaje, y un gusto de sana eloqüencia, que aun no se conocia en los escritos modernos; y Agricola, Erasmo, Nebrixa, Vives, Budeo y algunos otros hicieron resonar por todas las naciones la lengua latina, y no quisieron que quedase confinado en Italia el honor de la eloqüencia romana. Entónces vino el famoso siglo decimo sexto, y en las cartas, en los dialogos, en las oraciones, en los tratados didacticos y en todo genero de escritos se renovaron los mas felices tiempos de la literatura romana. Los Sigonios, los Muretos, los Perpiñanes, los Manucios, los Sadoletos, los Maffeis, los Canos, los Osorios y otros infinitos escritores latinos presentaron en nuestra edad los Cicerones, los

Ati-